



## Ficha 8: La conversión del hombre

---

Al comienzo del capítulo 15 del evangelio de San Lucas nos encontramos con las tres parábolas de la misericordia: la oveja perdida, la dracma perdida y por último, la parábola del hijo pródigo. De las tres, vamos a escoger la última para seguir profundizando en el significado del Sacramento que estamos estudiando, sacramento de conversión para el hombre.

Llegado a este punto, tampoco se trata de hacer un estudio exegético amplio del texto bíblico, si no más bien, escoger de esta parábola los aspectos más importantes que tengan que ver con el perdón de Dios acogido como una gracia para los que estamos llamados a buscar la santificación. Para conseguir estos aspectos vamos a tomar como base un texto magisterial del Papa Juan Pablo II.

El Papa Juan Pablo II después del Sínodo de Obispos de 1983, escribe la Exhortación apostólica “*Reconciliatio et Paenitentia*” es decir: Reconciliación y Penitencia. Al comienzo de ésta, lanza una pregunta: ¿Por qué la Iglesia propone de nuevo este tema, y esta invitación? Claramente está resuelta la pregunta, diríamos porque el mundo, el hombre del siglo XXI necesita más que nunca de la conversión, de la vuelta hacia Dios. Íntegramente, las conclusiones serían las siguientes:

### **Del hermano que estaba perdido...**

«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”», dice Jesús poniendo al vivo la dramática vicisitud de aquel joven: la azarosa marcha de la casa paterna; el despilfarro de todos sus bienes llevando una vida disoluta y vacía, los tenebrosos días de la lejanía y del hombre en sí mismo, pero más aún, de la dignidad perdida, de la humillación y la vergüenza y, finalmente, la nostalgia de la propia casa, la valentía del retorno, la acogida del Padre. Éste, ciertamente no había olvidado al hijo, es más, había conservado intacto su afecto y estima. Siempre lo había esperado y ahora lo abraza mientras hace comenzar que estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y ha sido encontrado.

El hombre en general, es este hijo pródigo, amarrado por la tentación de alejarse del Padre para llevar una vida alejada de Él y de la casa que le dio la vida y le vio nacer y crecer. Se aleja del Padre para llevar una vida fácil y totalmente autónoma. Es lo que muchas veces oímos decir: “yo y mis asuntos”. Y, ¿Cuáles son mis asuntos?, ¿Está Dios en estos asuntos? Ante estas y muchas otras situaciones de “heroicidad y lejanía”, Dios nos deja libres y sus manos se despegan de las nuestras, aún así, Dios no se aleja,

permanece y espera. Toda esta lejanía buscada por el hombre le abre a la posibilidad de la recapacitación, ese espejismo y fascinación de “tragarse el mundo” empieza a romperse cuando llega a pensar que todo lo que ha hecho no solamente está mal sino necesario para sentirse de nuevo hijo del regreso, del nuevo encuentro, del deseo de volver. Comienza así la conversión del hijo, del hermano, del hombre que estaba perdido. Motivo de ello, es el ambiente festivo y que la parábola muy bien refleja. La fiesta amorosa del Padre porque el hijo que se marchó, de nuevo regresa. He aquí el mayor signo de la misericordia de Dios, siempre dispuesto a perdonar. La reconciliación se convierte necesariamente en un don del Padre celestial.

### **... al hermano que se quedó en casa**

Pero la parábola pone en escena también al hermano mayor que rechaza su puesto en el banquete. Este reprocha al hermano más joven sus descarríos y al padre la acogida dispensada al hijo pródigo, mientras que a él, sobrio y trabajador, fiel al padre y a la casa, nunca se le ha permitido celebrar una fiesta con los amigos. Hasta que este hermano, demasiado seguro de sí mismo y de sus propios méritos, celoso y displicente, lleno de amargura y de rabia, no se convierta y no se reconcilie con el padre y con el hermano, el banquete no será aún en plenitud la fiesta del encuentro y del hallazgo.

Lo mismo que somos “hijos menores” también llegamos a ser “hijos mayores”, en todos los sentidos que se puedan presentar: humildad (en el menor), soberbia (en el mayor). El orgullo, la envidia, la soberbia, el egoísmo llegan a cegar el corazón del hombre. Lo endurece de tal manera que llega incluso a cerrarse a Dios y a los demás. La bondad y la misericordia del padre lo irritan y lo enojan. Aún así, el padre tiene que actuar y manifestarse tanto ante uno como el otro, que su amor no tiene límites. Por tanto, el hijo mayor necesita convertirse para reconciliarse.

La parábola del hijo pródigo es, dice el Papa, la inefable historia del gran amor de un padre –Dios- que ofrece al hijo que vuelve a él el don de la reconciliación plena. Pero dicha historia, al evocar en la figura del hermano mayor el egoísmo que divide a los hermanos entre sí, se convierte también en la historia de la familia humana: señala nuestra situación e indica la vía a seguir.

El hijo pródigo, ante la necesidad de las ganas de cambiar, de convertirse, del volver al calor de los brazos del padre y de sentirse perdonado, representa a todos aquellos que buscan a Dios con sincero corazón. Ante la inquietud o el miedo del abandono descubre la espera dichosa de Aquel que de sus propios labios se declama la palabra: hijo. Sin embargo, si la parábola se lee desde la perspectiva del hijo mayor, claramente se puede observar la presencia de esos pecados capitales que a veces nos atan a nosotros mismo y nos impiden recibir la gracia de sentirnos desatados por el amor misericordioso de Dios.

El hombre para su total conversión necesita dejar que el corazón se sienta transformado descubriendo la misericordia del Padre y la paz plena que se consigue con este don. Hoy los hombres más que nunca necesitan ser hermanos de verdad. Por eso, la Iglesia insiste tanto en la necesidad de convertirnos a Dios, de volver nuestros ojos a

Dios, de levantar nuestros rostros para que Dios nos los pueda lavar o purificar. Esta es en parte la misión de nuestra madre la Iglesia que sabe bien cuidar por sus hijos, que abre sus puertas de par en par a todos aquellos que quieren o se sienten en la misión de trabajar por la conversión de los corazones obteniendo a la vez el perdón de Dios y el de los hombres, hermanos unos de otros.

Para la reflexión:

En grupo y habiendo hecho la lectura de Lc 15, 11-32 reflexiona a cerca de dos personajes que pueden estar reflejados en ti:

1. Hijo Pródigo: ¿Sientes las necesidad de buscar diariamente la misericordia de Dios? ¿De que manera la buscas?
2. Hijo mayor: digo que amo a Dios sobre todas las cosas. ¿Y al hermano, mi prójimo? ¿Qué me cuesta? ¿Por qué me cuesta?
3. ¿Busco incesantemente el abrazo de Dios? ¿Deseo encontrarme con Él?